

II

De cómo tornó a las sus tierras viscaínas Juan Garcia de Vasondo, e de lo que allá le aconteció en el día primero

La vieja mula que me acompañaba en el destierro se detuvo a un lado del camino. La senda que hasta entonces habíamos seguido desaparecía frente a nosotros en un vertiginoso descenso de revueltas infinitas. Hacia la derecha, abarcando inquebrantable todo el frente, con sus fundamentos ocultos en la niebla, se extendía un profundo y majestuoso anfiteatro rocoso, y frente a él la tierra se hundía con la violencia de un cataclismo hasta desaparecer en el sudario de nubes bajas que cubría el valle a nuestros pies.

Sentía en la boca un sabor marchito, como de ceniza apagada. El brutal contraste de aquellas tierras con cuanto hasta entonces me había sido familiar, me provocó una postración que hizo que se me encogiera el alma. Mis ojos, habituados como estaban al dorado resplandor de los campos sembrados de trigo, a una atmósfera diáfana y transparente, a su aire límpido coloreado de romero y amapola, se mostraban incapaces de apreciar los sutiles matices del omnipresente verde que comenzaba a despuntar en las tierras vizcaínas al reclamo de la primavera.

Hacía ya quince días que atravesaba las tierras del rey sobre el asmático penco que mi prior había tenido a bien cederme para el viaje. Juntos, habíamos renqueado con exasperante parsimonia durante jornadas eternas por las llanuras castellanas, que amanecían día tras día encendidas de una gozosa luz verde y dorada,

hasta que aquella misma mañana, tras abandonar el monasterio benedictino donde había obtenido cobijo en mi última noche castellana, había decidido continuar a pie. Al hacerlo, había conseguido mejorar notablemente la velocidad de mi andadura y, al poco, el paisaje mesetario de los campos de cereal que hasta entonces nos había acompañado se vio desplazado por unos bosques de encinas que cubrían montes y barrancos. El amplio horizonte murió devorado por los riscos y las oscuras frondas. Incluso el mismo cielo pareció acomodarse al cambio y mudó su brillo azul por un gris como de plomo viejo. Cedieron luego a regañadientes el paso las carrascas a las hayas, y el soplo fresco y húmedo que las acompañaba pareció revitalizar al pobre animal, pero al tiempo cargaron sobre mi espíritu una profunda melancolía.

Y ahora, la tierra desaparecía frente a nosotros.

Hasta ese momento siempre había dado por supuesto que tras escalar un risco debía luego descenderlo, que cuando alcanzaba la profundidad de un valle me vería obligado tarde o temprano a ascender de nuevo. Pero, para mi sorpresa, me encontraba allí con que el terreno caía sin remisión frente a la mula. El nivel mismo de la tierra descendía bruscamente casi mil pies ante nuestras narices antes de conformar un nuevo plano mucho más abajo. Y se extendía así hacia el infinito, sin mostrar otros horizontes que las omnipresentes montañas sobresaliendo como con esfuerzo por entre el espeso dosel de nubes.

Lo más parecido al abismo del fin del mundo que jamás hubiera podido soñar.

Al ver aquella tierra grosera a la que me enviaban, se me encogió con violencia el estómago en una náusea de puro pánico. Adivinaba que una vez abajo, mi concepto del cielo y el espacio perdería por completo su significado. Era fatalmente consciente de que en mis ensoñaciones no podría perderme por entre el polvo de estrellas que iluminaba las noches serenas en mi amada Castilla. Desaparecería sobre mi cabeza aquel dilatado arco celeste

y quedaría reducido mi firmamento a un mezquino jirón de vapor, tendido entre montañas sombrías.

A mis espaldas agonizaba ya el sol abribeño sobre un cielo turquesa. Y las hayas, que comenzaban a matizar con pinceladas verdes las ramas desnudas, alzaban verticales sus columnas plateadas sobre un suelo de hojas ocres y bermejas, limpio de maleza y de fácil tránsito. Como esa tierra que quedaba a mi espalda había sido mi vida hasta entonces: un discurrir sosegado por senderos cómodos y pulidos, donde todo se sabía y nada permanecía oculto. Pero como a nuestros primeros padres, a mí también me expulsaron del paraíso y me encontraba obligado a descender hacia aquella selva amenazadora en la que me esperaba el futuro incierto que mi apellido reclamaba.

Hijo único de un segundón sin ninguna herencia que alcanzar, había sido toda mi fortuna hasta entonces el pertenecer a una familia de hidalgos vizcaínos. Los Basondo cuidaban de todos sus miembros, y cuidaron del niño que era —huérfano de padre y madre a los cuatro años de edad— entregándome como servidor a los monjes blancos en la confianza de que entre ellos tomaría los votos. Roberto Díaz de Aguilarejo, cliente de los Basondo y por aquel entonces abad del Cister, me tomó bajo su protección y desde aquel día mi existencia transcurrió serena entre el paternal amparo del monasterio de Corcos y la refinada corte de Valladolid.

Allá en mi cenobio, apartado del mundo oscuro en el que había nacido, los campos luminosos y amplios de Valladolid borraron de mi memoria los suaves colores de mi tierra natal. Aislado de quienes por sangre eran mis gentes, el recogimiento de los buenos monjes me preservó de las violencias del mundo y me ofreció una adolescencia plácida en la que crecí sin conocer el vivir de mis iguales, ni las constantes luchas e intrigas a las que se encontraban sometidos. Ignoré el hambre, su incertidumbre, la imperiosa necesidad de escamotear cada día un segundo más a la muerte. Y en aquella vida que me tocó vivir, mitad monacal mitad

cortesana, fui conformando a mi personal medida una imagen propia del mundo y de las gentes que en él habitaban. Mis visitas a la corte de la mano del poderoso abad me hicieron creer que todo en el reino era oropel y regocijo, y nuestra colmada despensa me permitió ignorar las pestilencias y hambrunas que periódicamente castigaban nuestro reino.

De improviso, una mañana, sin señal alguna que lo advirtiera, mi amado protector me expulsó de aquel plácido edén exhortándome a alcanzar con la máxima celeridad posible el solar de mis mayores. Sin explicaciones. Sin más favor que una asmática mula y una bolsa escuálida con unos pocos dineros apenas suficientes para conseguir algo de pan y un mal jergón los primeros días de camino, me encontré atravesando el reino con los únicos tesoros que poseía en este mundo ocultos en mi zurrón: las inestimables notas que sobre la historia de su majestad el rey Enrique redactaba desde hacía un tiempo y mi recado de escribir. El mismo cálamo con el que hoy —transcurrida una angustiosa eternidad desde entonces— trato de reflejar los hechos que tan cruelmente han marcado mi vida y herido a esta tierra amarga. Acontecimientos que quiero ahora, pese al dolor, garabatear en estos pliegos.

Me cuesta recordar detalles del camino, de lo que hice o sentí hasta alcanzar las fronteras del señorío, en el límite de aquellas tierras a las que hasta entonces había considerado como mi única patria. Quince días eternos y vacíos, en los que atravesé un reino despoblado por el hambre y la peste. Deslumbrados los ojos de sol y luz, ahítos los pulmones de viento seco y polvoriento. Siguiendo primero el Arlanzón y luego el camino real que recorren los mercaderes de Burgos cuando buscan alcanzar el mar en el menor tiempo posible. Pero no fui totalmente consciente del fatal cambio que mi vida había experimentado hasta que no alcancé la oscura depresión del valle de Orduña. Fue entonces cuando por vez primera rompí a llorar. Y lloré como lloraba cuando de niño

me arrancaron de los brazos de mi aya para entregarme al comerciante que me llevó a Corcos. Lloré con el mismo desgarró en el alma, con la misma sensación de abandono, igual de vulnerable.

Permanecí recostado sobre una roca frente aquel abismo, estremecido por los sollozos, hasta que se me acabaron las lágrimas. Solo entonces, con muchos suspiros y poco ánimo, volví a azuzar con el mimbre a la famélica mula para vencer las pocas ganas que mostraba por asomarse al precipicio e iniciamos, ambos igual de abatidos, el descenso hacia nuestro incierto futuro.

Me habían indicado en el último albergue que a un lado del camino que seguíamos, cercana ya la villa de Orduña, podría encontrar una hospedería cómoda y segura. No hubo ningún problema en localizarla, se veía desde el camino y llegamos a ella cuando las primeras sombras apenas comenzaban a cerrarse sobre el bosque.

Al llegar frente al adusto edificio, perdí el poco coraje que me quedaba. El lugar se protegía con un tosco barreado de gruesos maderos sin trabajar, clavados profundamente en la tierra negra por uno de sus extremos y afilados de manera burda por el otro, que habían unido entre sí de manera un tanto rudimentaria mediante pesadas cadenas de hierro y trabazones de madera mal labrada. De esa manera, quedaba suficiente espacio entre los postes como para que quienes permanecieran guarnecidos en ellos pudieran herir a cualquiera que tratara de batir sus defensas. Tras la empalizada asomaba un oscuro edificio de dos plantas junto al que se adivinaban las sombras de los alojamientos para animales y siervos.

Como si supiera de mis intenciones —quizás simplemente no tuviera ya fuerzas para continuar más adelante— la mula se detuvo ante la portilla del recinto y al instante, como nacido de los jirones de humedad que llegaban desde el bosque que nos rodeaba, apareció frente a nosotros un hombre de aspecto tosco y mirada inquisitiva. Calzaba zuecos de madera y cuero, jubón de este último material sobre las largas vestiduras que le cubrían hasta

por debajo de las rodillas y protegía su cabeza con un gorro de fieltro espeso. No mostraba el menor signo de miedo o recelo, ni portaba arma alguna. Su actitud, tranquila y segura, contrastaba con la impresión de desconfianza que a un primer golpe de vista parecía ofrecer su establecimiento al viajero recién llegado.

—Buen día.

Plantado con las piernas bien abiertas frente al tronco que protegía el acceso al interior y los brazos en jarras, su mirada danzaba entre el animal que tosía entre nosotros y mi hábito blanco de benedictino. Mudaba luego la vista hacia mi cabello sin tonsurar, para acabar volviendo siempre a la jadeante mula que mostraba signos evidentes de estar al filo de la agonía. Tras unos instantes de lo que pareció ponderada reflexión, preguntó al fin:

—¿Busca alojamiento padre?

—Clérigo solamente —puntalicé con una sonrisa que trataba de ser gentil—, aún no he sido ordenado. ¿Podrías ofrecerme una cama seca, comida caliente y algo de reposo para mi montura?

Sin responder, ni a la pregunta ni a la sonrisa, el grueso ventero alzó el leño que hacía las veces de puerta y se hizo a un lado.

Ante lo que consideré como una invitación a entrar, tiré de la mula y cruzamos la portilla. Apenas entrados, un mozalbete, que llegó a la carrera lanzando unas estúpidas risitas mal contenidas cuya razón no alcancé comprender, se hizo cargo de la mula y la azuzó hasta los recintos zagueros. Mientras el mozo conducía mi lastimosa cabalgadura hacia la cuadra, el hospedero me guió al piso superior levantado en madera y adobe. Subimos entre crujidos las tablas agrietadas de las escaleras y una vez en la habitación común, tras señalar el hombre con un gesto de la mano los jergones de paja que ocupaban el suelo de la estancia, me abandonó a mi suerte dejándome envuelto en las más negras emociones.

Tras un somero vistazo al lúgubre alojamiento, deposité con el máximo cuidado mi amado morral en un rincón que parecía desocupado y que se mostraba lo suficientemente alejado de los angostos ventanucos abiertos en las paredes como para estar algo

protegido del viento y la humedad exterior. Al fin, con un nuevo suspiro y tres persignaciones, decidí bajar al salón principal, donde se oía el comer y charlar de los huéspedes que esa noche ocupaban la posada.

El acceso a la planta baja se abría justo al pie de las escaleras y por él salían risas y dulces aromas a sidra y pan de centeno. Abarcaba esa planta el edificio por entero y hacía las veces de cocina, cantina, almacén y comedor común. Las gruesas paredes de obra, deslustradas por años de hollín y grasa, se hallaban hendidas por estrechas troneras, insuficientemente cubiertas por pieles mal curtidadas que se agitaban a los caprichos del viento húmedo del exterior. El espacio que dejaban libre fogones, cestas y barricas, lo ocupaban tres largas mesas donde comían y bebían el resto de huéspedes. En la más cercana a la puerta, algo más pequeña que las otras, sorbían de sus jarros tres individuos mal encarados y vestidos de manera similar al posadero. El primero de ellos mostraba las manos y cara surcadas por innumerables cicatrices, viejas y nuevas. Quien se sentaba frente a él, exageradamente bisojo, miraba a su compañero con uno solo de sus ojos, mientras que con el otro parecía vigilar un punto indeterminado varios metros a la derecha de donde se sentaban. El tercero al fin, observaba con interés a sus camaradas por debajo de unas gruesas cejas sin apenas alzar la cabeza, que mantenía siempre ladeada sobre unos hombros poderosos. Junto a ellos, arrimadas a la pared, varias picas, una clava ferrada y dos ballestas sin montar, hacían aun más intranquilizadora —si esto fuera posible— su presencia. Huraños, hablaban en voz baja una conversación ininteligible y lanzaban de vez en cuando miradas de disgusto al resto de la concurrencia, que ocupaba las otras dos mesas y discutían a voz en grito las cualidades de los diferentes puertos y mercados de Vizcaya. Frente a estos, se exhibían todo tipo de panes, abundantes viandas y jarras de barro rebosantes de sidra.

Tan pronto puse un pie dentro de la estancia, se extendió por la habitación un silencio espeso. Quienes ocupaban la mesa más

cercana a la puerta, aquellos de aspecto facineroso, me estudiaron en silencio como si les fuera la vida en reconocerme si me volvieran a ver, fueran cuales fueran las circunstancias en que esto se produjera. De entre el otro grupo, se levantó un hombre de pelo cano y aire distinguido que me hizo gestos para que ocupara un lugar en su compañía.

—Siéntese aquí, padre. Que éstos —el hombre señaló con la mano a los ocupantes de la otra mesa—, son más aburridos que las ovejas de mi pueblo.

Los aludidos ignoraron las risas que acompañaron el comentario del gentilhombre y volvieron a los cuchicheos en su lengua, pero yo agradecí muy sinceramente su invitación. Con una sonrisa nerviosa me senté complacido junto a quien me llamaba.

—Pero Fernández de Olmedo —se presentó el hombre. Luego, fue señalando uno tras otro a quienes le acompañaban—. Mis hijos Pero, Fortún y Fernando... y aquí, unos buenos criados y amigos.

Todos los presentes se sumaron a la cortesía y acompañaron con gracias y gentilezas las palabras de su patrón.

—Supongo que no vendrá con intención de cristianar a estas tierras de bárbaros —bromeó el llamado Pero—. Ya le habrán advertido en su convento que la civilización se acaba en Berberana.

Un nuevo coro de carcajadas acompañó lo que a todas luces era una broma habitual en Pero, líder inequívoco del grupo.

Como ignoraba entonces cuál era el chiste, escogí como mejor opción el aceptar en silencio la jarra de sidra que me tendía uno de los hijos del castellano y dejar que este siguiera con su cháchara. No tardó mucho en explicarme los motivos de su presencia en tierras tan salvajes.

—Nosotros venimos mucho por aquí —continuaba su charla el que resultó ser comerciante burgalés—. Tenemos casa en Bilbao y buenos contactos entre los comerciantes y navieros del concejo. Sería maravilla del Señor el comerciar y vivir en esa villa si

no fuera por las tropelías que algunos mal llamados caballeros cometen por aquí. Vea usted como nos vemos —con un gesto circular de la mano, señaló a todos los demás que se sentaban a la mesa junto a nosotros—. Para tratar con mis amigos de Bilbao debemos venir en grupo armado, so pena de sufrir con toda seguridad el asalto de las cuadrillas de bandidos que asolan los caminos que llevan desde Castilla al mar.

Su enfado era patente. Golpeaba de continuo la mesa con su ancha mano y todos nuestros compañeros de mesa asentían con convicción.

Mire a nuestro alrededor. Con una cierta preocupación me di cuenta que los tres tipos de la entrada seguían atentos a cuanto decía el comerciante. Por contra, el ventero continuaba con sus ocupaciones en el extremo opuesto del salón, aparentemente ajeno a cuanto se hablaba en su establecimiento.

Quien había dicho ser Pero Fernández de Olmedo continuó con sus reproches:

—No hace mucho, nos reunimos un buen grupo de mercaderes, y hemos enviado una petición al rey Enrique en la que solicitamos nos proteja de los banderizos y salteadores en estas tierras y ponga fin a sus fechorías. Lo mismo firmaron también varios hombres buenos de Bilbao solicitando amparo al rey. No ha de tardar el que metan definitivamente en cintura a ese malnacido de Juan de Salcedo y a todos sus forajidos.

—¿Tan grave es la situación en estas tierras?

Por corresponder a sus gentilezas, traté de participar en la conversación. Me creía buen conocedor de las últimas circunstancias políticas del reino, de manera que aventuré:

—En paz con Aragón y Navarra, y acabado el usurpador Alfonso, pensaba que solamente las marcas con los moros se encontraban en guerra. Es extraño que dentro del propio reino se permitan semejantes tropelías. ¿No pueden hacer nada las justicias?

Fernández de Olmedo lanzó una carcajada sarcástica:

—¿Las justicias? No hace dos años que aquí mismo, en Orduña, enfrente mismo del hospital, se cargaron a un juez de la encartación con un flechazo en las tripas... ¿Qué crees que les ha ocurrido a quienes lo reventaron? Nada —se respondió a sí mismo sin esperar respuesta por mi parte—. Todos los señoritos de Vizcaya se dedican a robar y asaltar a los comerciantes que nos atrevemos a atravesar sus tierras ¿Y qué ocurre? Nada —volvió a repetir con el mismo tono malhumorado—. Esa es la justicia que nuestro señor, don Enrique “el impotente”, ejerce: dejar a sus nobles vasallos que se organicen entre ellos y que quien más pueda se quede con la mejor parte. De Aragón habrá de venir quien enderece esto...

Acostumbrado como estaba más a los susurros del monasterio que a las discusiones de taberna, no sabía como responder al torrente de blasfemias, improperios y quejas con las que el burgalés, cada vez más exaltado, aderezaba su diatriba. Ni tan siquiera tuve ánimos para refutar las acusaciones de permisividad para con sus súbditos más poderosos que el mercader vertía contra mi amado rey, a quien yo solo había conocido hasta ese momento como Enrique “el liberal”.

Para terminar con tan penosa conversación y convencido de que yo no tenía allí nada más que decir, decidí llegado el momento de tranquilizar mi estómago vacío. De manera que, alzando la mano, con una voz que incluso a mis oídos sonó ridículamente aflautada, reclamé educadamente al posadero:

—Por favor. ¿Podría servirme algo para comer?

Para mi asombro, estalló una carcajada general que sacudió toda la mesa. Incluso los circunspectos individuos de las ballestas esbozaron una media sonrisa.

Al otro lado de la sala, el ventero asintió con mucho aspaviento y entre risas se agachó tras la cocina. Se alzó al poco, y mientras mostraba sus encías huérfanas de dientes en una mueca feroz que pretendía ser un guiño divertido, se acercó contoneándose hasta nosotros. Yo ignoraba dónde pudiera estar la gracia en mi educada

demanda, y se volvía más intenso mi sonrojo a cada carcajada que oía. Arreciaron las risas en las mesas cuando se plantó el posadero ante mí y depositó con sus enormes manos un puñado de paja sobre la mesa.

Entre afectadas delicadezas que pretendían remedar lo que él consideraba modales cortesanos, declamó:

—En esta casa, los únicos que tienen derecho a comida son las caballerías. Pero si a su excelencia no le importa —hizo un amago de reverencia ante la mesa—, estoy seguro de que su mula estará dispuesta a compartir su ración.

Tras ofrecerme el heno, el ventero volvió a sus quehaceres con andar bamboleante mientras la mesa saludaba su salida con amplias risotadas y palmadas en la mesa. Sin dejar de reír, mis circunstanciales acompañantes apartaron la paja sucia de la mesa y con atenta diligencia dispusieron frente a mí un sinnúmero de platos rebosantes de tasajo, cordero frío, panes de avena y centeno, nueces y un puñado de higos secos, dulces y aplastados.

—A todas luces no estás habituado a viajar. En estos lugares cada uno come lo que trae consigo. A lo más, puedes encontrar alguna barrica de sidra ácida para entretener la noche. Y eso, solo en las ventas que como ésta están bien provistas. Anda, sírvete de lo nuestro.

Con la máxima amabilidad, Pero cubrió con un gesto las viandas dispuestas sobre la mesa.

—¿Qué haces en el camino si ni tan siquiera sabes qué debes llevar contigo? Sin cumplidos, come mientras nos lo cuentas.

Abochornado, pero también aguzado por el hambre, comencé a masticar con fruición mientras trataba de satisfacer la curiosidad de mi benefactor.

—Me llamo Juan García de Basondo. Hasta hace apenas quince días buscaba alcanzar las órdenes sagradas en nuestro monasterio, allá en Valladolid. —No pude evitar un nuevo suspiro al evocar el lejano paraíso perdido—. Ahora me conformo con llegar a las tierras de mi abuelo Martín de Basondo, al que no re-

cuerdo, y del que solamente sé que tiene casa cerca de la villa de Bilbao, junto al Ibaizabal.

Tras dar un buen bocado al cordero, y mientras trataba de engullirlo con la ayuda de con un generoso trago de sidra, observé con cierta extrañeza cómo en repuesta a mis últimas palabras y a un gesto discreto del posadero, se levantaba de la mesa uno de los soldados que compartían con nosotros la sala. Escuchó en silencio unas pocas palabras que aquel le dirigió y abandonó discretamente la venta sin llevar consigo ninguna de las armas junto a las que había permanecido sentado hasta entonces.

Me giré hacia mis nuevos amigos para comentarles las mal disimuladas maniobras, pero los de Burgos continuaban su charla en torno a los tratos en el puerto de Bilbao y las fluctuaciones en el precio de la lana y la sal, como si aquel hombre de armas nunca hubiera estado en la habitación. No parecían haberse percatado de la partida del tipo de las cicatrices, y si lo habían advertido no mostraban el menor interés en ello. Discutían entretenidos y a ratos me dirigían, intercaladas en la conversación dispersa que se entretrejía sobre nuestras mesas, preguntas sobre la vida monástica, mi familia vizcaína y la corte vallisoletana. Más tranquilo al comprobar que nadie parecía dar la menor importancia a la marcha de aquel sujeto y distraído con la conversación, pronto me olvidé de todo aquello para disfrutar con el placer de la comida y gozar del zumo fermentado de la manzana en tan acogedora compañía.

Pasó rápido el tiempo entre risas y jarras de sidra, y mi poco acostumbrado organismo no tardó en reclamarme la expulsión de una parte del líquido ingerido. Murmuré una excusa, me alcé con un cierto bamboleo del banco largo que compartía con mis amigos castellanos y me dirigí hacia la puerta con la intención de desahogarme.

Abandoné el calor y la luz del comedor y con algún titubeo penetré en húmeda oscuridad del exterior. Avancé hasta la empalizada para, de espaldas a la casa, dedicarme a vaciar larga y placenteramente la vejiga cubierto por el silencio y oscuridad de la

noche mientras, como todos los necios, escuchaba con estúpida delectación el gorgojeo que producían los orines al chapotear en la tierra fangosa. Una vez concluida la tarea comenzó el penoso trabajo de reponer el debido decoro a mi vestimenta. En el cenobio, acostumbrábamos a vestir solamente la camisa y un sencillo calzón bajo el hábito, pero al salir a recorrer los caminos, mi respetado abad me había aconsejado cambiar estas simples y cómodas vestiduras por otras que fueran más acordes con mi nueva condición seglar. De manera que aquella noche, siguiendo su consejo, vestía bajo la sotana camisión largo, calzón de nudos y faja. Poco habituado a tantas ataduras en lugares tan poco accesibles, me enredé en una enconada lucha por anudar los lazos de los calzones mientras mantenía hábito y camisa remangados por encima de la cintura. Me hallaba en tan comprometida situación, absorto en colocar adecuadamente lo que debía guardar entre pliegues y arrugas dentro de la aparatosa bragueta, cuando oí un carraspeo tras de mí. Al inesperado sonido, giré sorprendido el torso sin soltar las cintas que en esos momentos mantenía entre los dedos. Con cierta alarma, me encontré con que el posadero, medio recostado en la pared a escasos pasos de mi posición, observaba con divertido interés mis torpes maniobras desde no podía saber cuanto tiempo. Mientras sentía como me cubría el rubor, traté de mantener la compostura, y con la máxima dignidad posible terminé de arreglar mi atuendo sin perder de vista a mi espectador, que en ningún momento mostró la más mínima intención de retirar la mirada o explicar su chocante interés. No fue hasta haber cubierto decorosamente mis vergüenzas que me percaté —en verdad con un ligero sobresalto— de que, por buscar un sitio discreto donde orinar, me hallaba en un punto del cercado desde donde no se alcanzaba a ver el interior del edificio y por lo tanto, ninguno de quienes allí se hallaban podría advertir lo que ocurría en aquel rincón oscuro de la estacada.

Me armé de valor y con la cabeza bien alta, como si en absoluto me importara lo que hiciera o pensara aquel desvergonzado

mirón, comencé a caminar hacia el reguero de luz que señalaba, a unos pocos metros de distancia, la puerta entreabierta del comedor. Apenas había dado dos pasos cuando el hospedero se movió con una velocidad insospechada en un hombre de su corpulencia. Amagó un paso, lo justo para entorpecerme la marcha, se interpuso en mi camino y solo entonces, incómodamente cercano, musitó unas pocas palabras que sonaron sibilantes por entre sus encías desdentadas:

—En estas tierras, el apellido de un hombre marca su destino, y siempre es mejor no decir quién se és si no se conoce a quién se habla... ni quién puede oírlo —me miró con una incomprensible y evidente desaprobación—. Ningún hombre de valía hace gala de su linaje ante desconocidos en la primera taberna que encuentra.

Estaba preparado para cualquier proposición que aquel hombre insolente y tosco pudiera hacerme, por extraña o grosera que fuera. Pero que me viniera a dar lecciones de etiqueta mientras desaguaba en un fortín perdido en las más oscuras tierras del reino castellano, resultaba ser el colmo de la insensatez. La mesurada educación monástica que me habían inculcado durante tantos años frenó la primera contestación que vino a mi cabeza. A cambio, traté de buscar una respuesta ingeniosa que no me rebajara a la misma condición de aquel patán, pero antes de encontrarla, el ventero ya había desaparecido en el interior del edificio.

Pasmado, sin capacidad para entender lo que había sucedido, debí permanecer un buen rato en la oscuridad con las ropas ridículamente desordenadas. Nunca supe cuanto tiempo pudo transcurrir antes de que volviera, todavía desconcertado, a la luz y a mi puesto en la mesa, donde los mercaderes no parecían haber notado mi ausencia. Continuaban con sus voces y discusiones sobre las calidades de las lanas y cuanto habían aumentado impuestos y gabelas. El mesonero trajinaba al fondo de la cocina ayudado por el zagal que se había encargado de la mula a mi llegada, y se comportaba como si sus huéspedes no existieran. Solo se le oía al re-

gañar con voces secas al niño cuando este no respondía con suficiente rapidez a sus órdenes. Nada parecía haber cambiado, todos se mostraban tranquilos, y sin embargo yo sentía un incómodo desasosiego en la boca del estómago.

Busqué en los ojos del posadero no sé bien qué. Quizás una mirada de inteligencia, o el que se acercara para aclararme los motivos de su extraña amonestación. Esperé en vano. Sin tan siquiera despedirse, el grueso desdentado recogió lo poco que había utilizado para atender a sus huéspedes y tras una muy somera limpieza del local desapareció por la puerta trasera seguido del muchachuelo que le servía.

Las conversaciones del comedor se transformaron a mis oídos en un zumbido monocorde. Miré cansado en torno a mí y me encontré con que en la otra mesa, los dos ballesteros cabeceaban vencidos por el sueño y las famélicas candilejas de sebo que nos alumbraban comenzaban a titilar a punto ya de extinguirse. Al cansancio del viaje se sumaron los vapores de la sidra, mi confusión y la pesadez de un estómago poco acostumbrado a cenas tan copiosas. Lentamente me vi dominado por una invencible somnolencia. Deseaba con toda mi alma acostarme en mi lecho, por inhóspito que fuera, pero me faltaba el ánimo necesario para aislarme en la soledad del piso superior. Así que, muy a mi pesar, hube de dar tiempo al tiempo y esperar a que los demás decidieran retirarse.

Por suerte, una vez consumida su última gota de grasa, no tardó en humear un primer candil y a este le siguieron los demás uno tras otro, hasta que resultó difícil incluso el distinguir a la persona que se sentaba frente a uno. Solo entonces parecieron los comerciantes aceptar la llegada del sueño y recogieron la mesa para marchar —entre bostezos, pero sin dejar de hablar y discutir entre sí— al dormitorio común del primer piso. Una vez en la estancia, cada uno acomodó su jergón de hierba según su propio gusto y afinidad, y murieron las últimas conversaciones al vencer el sueño a los más locuaces.

En la ciega oscuridad de aquella húmeda habitación, extendí mi capa sobre el heno sin tan siquiera despojarme de las vestiduras y me dejé caer con los ojos abiertos. Me costaba aceptar que mi plácida vida monacal se había roto como si se tratara de un espejo delicado y solo quedaban de ella un puñado de cristales afilados, en los que se reflejaba un futuro, tan oscuro y desconocido como la tierra en la que me esforzaba esa noche por conciliar el sueño, antes irresistible y ahora esquivo. En vano traté de comprender el por qué de mi repentina expulsión del monasterio, buscar las razones que el Todopoderoso pudiera haber tenido para arrastrarme hasta la situación en la que en esos momentos me encontraba.

Por primera vez en mi corta vida, fui consciente de que el mundo no era en realidad como yo creía que era y deseaba que fuese. En mi personal universo, no tenían cabida seres como el ventero, ni el ver un hombre armado podía producir temor o inquietud. Hasta entonces, para mí, solo llevaban armas los caballeros —magníficos servidores del rey y la justicia—, los criados eran amables y serviciales, y las ventas eran acogedores edificios donde comer y descansar, en los que curtidos viajeros entonaban canciones de amor y aventura. Por eso, aquella noche me sentía como si al descender a las brumas vizcaínas hubiera dejado allá, junto al último rayo de sol castellano, todo cuanto conocía. Como si el destino me hubiera llevado hasta los mismísimos senderos del tártaro. Un territorio de selvas tenebrosas en el que se barreaban las posadas, se bebía el zumo ácido de la manzana en lugar del delicado vino de suave paladar, los grupos de comerciantes cabalgaban armados como ejército en campaña y un novicio imberbe, al que un posadero gordo y sudoroso ofrecía extrañas advertencias, debía su estómago agradecido a unos desconocidos blasfemos y vocingleros.

Con un estremecimiento de angustia e impotencia me supe abandonado. Y lloré en silencio, totalmente solo, obligado a enfrentarme a un mundo que no puedo entender, con un llanto callado y quieto, nacido de la frustración, la impotencia y el miedo.

Aquella noche la bestia durmió sin sueños. En un descanso blanco, como de muerte.

Por esta vez había vencido al mismo miedo. Se había enfrentado cara a cara con su monstruo familiar, luchado contra el espectro y vencido. Le había arrancado el corazón para esparcir luego sus entrañas por la tierra. Había vengado su propia angustia y todas sus afrentas.

Pero, incluso en el negro olvido del sueño, sabía que pronto tendría que volver a matar. Que el mismo demonio volvería una y otra vez a torturar su alma. Que solo la siguiente muerte podría calmar el martirio de su propia infancia.